

## Everything remains... (Contrastes)

S. L. BALTIMORE

Una tenue luz en la oscuridad. Un haz pálido, lánguido, mortecino; el brillo de una tarde nublada —tan habitual en estas tierras— atraviesa el ventanal y sus viejas cortinas cerradas. El haz, cual espíritu que estira un brazo, toca la pata de un piano de cola, antaño negro, ya blanquecino por el polvo. Al piano, una dama; una musa de belleza sin igual. Sus dorados cabellos iluminan la tétrica estancia y eclipsan al convaleciente rayo del Sol. Contrasta con la negrura del habitáculo su magnífico vestido azul; azul como el color de los sueños, de la mar y el cielo, de la libertad, del arte y del individuo.

Suena Beethoven; sonata «Claro de Luna», por supuesto. Sus frágiles dedos de porcelana se deslizan por las desgastadas teclas blancas y negras, negras y blancas. El blanco de la Luna, el negro de la noche; el blanco de la pureza, el negro de la verdad; el blanco del tenue haz, el negro de las frías paredes; el blanco de la vida, el negro de la muerte... El equilibrio del mundo mismo concebido y condensado en el vetusto piano, acariciado por la resplandeciente dama de cabellos de cálido oro y vestida de ensoñador azul.

Él, sentado en el sillón, observa la conjunción estelar, el baile de color que la angelical figura impregna en la música. Viste de negro, su tez es pálida y su pelo oscuro. Camuflado en la ignota siniestra estancia escucha y mira con atención. Como si pudiese evitarlo, acaso. Y aunque pudiese, jamás querría evitar lo inevitable. Sonríe. Ella responde de igual manera. Sus ojos verde esperanza se clavan en los de él. Los ojos oscuros de él responden de igual manera. Ninguno aparta la vista. Como si pudiesen evitarlo. Como si acaso quisiesen evitarlo. Nadie quiere evitar lo inevitable.

*«Negras tormentas agitan los aires»*

Otoño. El débil y blancuzco rayo se torna en oscuridad grisácea. Lluvia, por supuesto. El apagado repiqueteo no es capaz de nublar los dulces martillos del piano. El gris no es un color, sino una transición, se dicen para sí —nunca llovió que no escampara—; y como tal, no frenará el ágil arcoíris que se extiende bajo la tapa levantada del antiguo instrumento. Ella sigue en las teclas, él la sigue observando. Mientras tanto, charlan. Nadie recuerda ya sobre qué. Nadie recuerda quiénes eran, si realmente se conocían o si acaso se querían. Nadie sabe qué unió a la colorida musa con la gris figura, por qué, ni dónde. Nadie recuerda el color, el piano, el sillón o la estancia.

Mentiras. Él lo recuerda, todo, cada pregunta, cada respuesta, cada detalle.

Escampa, por supuesto. La lluvia, gris, da paso a una despejada noche, negra, coronada por la Luna llena, blanca. Blanco y negro, negro y blanco. Las teclas del piano, la vida misma. El piano frente a la ventana; dorado, verde, azul, arcoíris. Contrastes. Finaliza Beethoven cuando la Luna llega. Irónico. O no tanto: comienza Schubert. El clasicismo más romántico da paso al romanticismo puro. *Gute Nacht*. Muy apropiada, pues se acerca el invierno. *Die Winterreise*.

*Winter is coming*, decían antaño en una serie olvidada.

Él se levanta y enciende la luz. La vieja araña de hierro alumbra la oscura estancia. El cabello castaño se torna en niveo, la negra ropa en azul, azul de ensoñación, del cielo y la mar. La música cesa; nadie toca el piano. No hay musa multicolor.

*«Nubes oscuras nos impiden ver»*

Recuerdos, imágenes, sueños... Flores azules, azul de ensoñación... Recuerdos de un pasado que no fue, sueños de un presente que no será. *“Everything remains... as it never was”*.

